



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Ruega por Nosotros! (Deprecacion), por don Antonio Arnao.—Anécdotas del tiempo de Luis XIV (continuacion), por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Guerra á el Amor (soneto), por E. F. de M.—Revista de Madrid, por Lázaro.—Teatros, por Adan.—Modas.—Esplicacion del pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

Pensamientos de Balzac sobre la mujer.

Entre las diversas organizaciones que los fisiologistas han notado en las mujeres, hay una que tiene no sé qué de terrible, que lleva consigo un vigor de alma, una brillantez de cálculo, una prontitud de decision, una indiferencia ó frescura, ó mas bien, una seguridad en el partido tomado ya en ciertas cosas, que asombran á un hombre: estas facultades están ocultas bajo la mas graciosa debilidad. Estas mujeres, solas entre las mujeres, ofrecen la reunion, ó mas bien el combate de dos existencias que Buffon no reconocia existiesen mas que en el hombre.

Las otras mujeres, son enteramente mujeres, enteramente madres, enteramente afectas ó apasionadas, enteramente nulas ó molestas. Sus nervios están acordes con su sangre, y su sangre con su cabeza. Una de las glorias de Moliere es la de haber pintado admirablemente de un solo lado estas naturalezas de la mujer en la mas grande figura que pueda esculpirse: Celimena, que representa la mujer aristocrática, como Figaro, esta se-

gunda edicion de Panurgo representa el pueblo.

Lo que engrandece á las mujeres á los ojos de los hombres, es que luchan todas.... ó casi todas, contra un destino incompleto.

En todas las situaciones las mujeres tienen mas causas de dolor que el hombre, y sufren mas que él. El hombre tiene su fuerza, y la ejercita con su poderío: obra, se mueve, se ocupa, piensa, abraza el porvenir y halla consuelos. Pero la mujer se estaciona: permanece frente al dolor, y nada la distrae; descien- de hasta el fondo del abismo que tiene abierto; le mide, y frecuentemente le llena con sus deseos y sus lágrimas.

Pensamientos dignos, honrosos, se dedican aquí á la mujer; se la enaltece en ellos, ó se reconoce mas bien esa incalificable concepcion; fatal para unos, sublime para otros, y para todos digna de estudio; pero no de ese estudio apasionado que busca ó interpreta las consecuencias que desea, sino del que va en pos de la verdad.

Hay en la gloria no sé qué de brillante, de varonil, que no sienta bien mas que al hombre, y Dios ha prohibido á la mujer llevar esta aureola, dejándola el amor y la ternura, para refrescar las frentes ceñidas de tan terrible luz.

Pero tambien hay en esto su gloria, y gloria inmarcesible; por que lo es mitigar las penas, calmar las angustias del que sufre, que halla en la mujer ese ángel de bondad, lo cual constituye su principal esencia. Por esto dice muy bien Balzac, que la mujer tiene de comun con el ángel el que la pertenecen los seres que sufren.

Las mujeres saben dar á sus palabras una santidad particular. Ellas les comunican esa armonía vibrante, que dilata el sentido de las ideas y les da profundidad. Así se ve al auditor encantado, apenas sabe darse cuenta de lo que ellas han dicho, y les ha causado, sin embargo, una sensacion inesplicable.

Bien puede considerar la sociedad como una de sus mayores glorias la de haber *creado* la mujer, cuando la naturaleza, ó las preocupaciones, ó la ignorancia de los hombres habian hecho de ella una nodriza; de haber creado la perpetuidad del deseo allí donde la naturaleza no ha colocado mas que la perpetuidad de la especie, de haber, en fin, inventado el amor, la mas bella region humana, ese encanto de las almas tiernas, esa afeccion que sublima al corazon y á la inteligencia.

A. Pirala.

LITERATURA.

¡ RUEGA POR NOSOTROS !

(*Deprecacion.*)

Reina, que al Olimpo subes
de eterno fulgor vestida,
para ceñir la corona
de la pureza infinita ;

Tú que ante el trono del Padre
cual sol sin ocaso brillas,
oyendo el celeste coro
de la falange divina ;

Vuelve tus ojos de gloria
á los que tu triunfo admiran :
lleguen á Tí sus clamores :
dáles la paz y la dicha :

Ruega por tus fieles siervos
Virgen María !



Tú, que cuando amante estabas
en esta doliente vida,
fuiste *Madre* de aquel *Hijo*
que tierra y cielos domina ;

Tú, que en la sangrienta cumbre
del Gólgota en triste día,
Madre en piedad tambien fuiste
de Adán á la raza indigna ;

Vuelve tus clementes ojos,
nuncios de amor sin medida :
baña con su rayo un alma
que en Tí su esperanza cifra.

Ruega por mí, dulce Madre,
Virgen María !



Tú, que en el pasmado cielo
que ante tu triunfo se humilla,
eres *Refugio* llamada
del alma que á Tí suspira ;

Tú, que enjugas nuestro llanto
con tu celestial sonrisa,
y haces nuestras esperanzas
renacer de sus cenizas ;

Oye, oh tesoro de amores,
el cantar del arpa mía,
y pues el amor la mueve
házla de tu nombre digna.

Ruega tambien por mi alma,
Virgen María !



Hénos á tu pié de hinojos
ardiendo el pecho en fé viva :
ampáranos en tu manto,
que á tantos tristes cobija.

Estrella del mar, el puerto
muestra al naufrago benigna :
Reina de Mártires, danos
la corona de la vida.

Y entre el clamor de los cielos,
y nuestra oracion sencilla,
y los suspiros de angustia,
y los cánticos de dicha ;

¡ Ruega por nosotros, ruega
Virgen María !

ANTONIO ARNAO.

ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

(Continuacion.)

Apenas el Rey se hubo retirado del salon, el jóven Boufflers echó una mirada en derredor suyo, y acercándose apresuradamente á un caballero de buena talla y altanera presencia, le tocó en el codo, por no alcanzar mas arriba, y le dijo:

—Desearia hablar con el señor duque de Coigny.

—Estoy á vuestra disposicion, marqués de Boufflers, contestó el duque friamente.... ¿En qué puedo servirlos?

—En mucho! hacedme el favor de seguirme al hueco de aquella ventana: se retiraron, y prosiguió: Ahora decidme: ¿Os parece que el gobernador general de un departamento es igual á un duque?

—Seguramente, y tambien mucho mas, su superior, replicó el duque con la misma frialdad.

—En este caso veo no tendreis inconveniente en hacerme el favor de darme mañana una satisfaccion.

—Oh! dijo el duque que conservaba aun su aire de menosprecio, conozco demasiado lo que os debo, señor maqués! Vuestro rango es superior al mio!

—Y si quiero dejar á un lado esta consideracion? contestó el muchacho con impaciencia.

—Perdonadme; pero sin sérios motivos que puedan autorizar la querella....

—Tengo muchos para desafiáros.

—De veras! me sorprendeis, dijo el duque con fingida sencillez y divirtiéndose al ver la cólera de su jóven adversario.

—Acabais de hablar de mí de un modo muy insolente.

—Y ¿qué mas?

—Qué mas? estais enamorado de mi prima, madame de Saint-Cerest.

—Y es esto todo?

—Cómo, todo! ¿Os mofais de mí? Cuidad con lo que hablais!

—De ningun modo, os lo aseguro.

—Pues bien, mañana al amanecer pasaré á buscaros á vuestra casa.

—Oh! dispensadme, nunca acostumbro levantarme tan temprano; si os es indiferente lo dejarémos para las once, ó si preferis para despues de comer.

Esto era matar al jóven Boufflers, que sabia muy bien que á la mañana siguiente tenia que volver al colegio de los Jesuitas. Su amor propio no le permitia alegar esta razon, se devanaba los sesos para hallar un medio de anticipar el desafio, y seguramente que si se le hubiese ocurrido que un bofetón podia adelantarle, no hubiera titubeado en saltar sobre una silla para alcanzar la cara del irónico duque, que aumentó su confusion diciéndole sencillamente:

—No olvideis de que os acompañen vuestros testigos.

Mis testigos, pensó el muchacho. Esta era otra dificultad. ¿Dónde habia de hallarlos? ¿Sus condiscípulos? le parecia demasiado ridículo valerse de ellos. ¿Los amigos de su padre? era muy probable que se lo fueran á contar. Al fin se le presentó una idea luminosa que le llenó de orgullo.

—Caballero, le contestó, vuestros testigos lo serán míos, y mañana á las diez en punto estaré en vuestra casa. Ya encontraré, pensó, alguna excusa para no volver al colegio por la mañana. Monsieur de Coigny se inclinó con gran ceremonia, y contestó con una sonrisa casi imperceptible.

—Muy bien, marqués, entonces hasta mañana á las diez.

En aquel momento la alegre duquesita de Saint-Cerest se acercó á ellos diciendo:—«El Rey se ha retirado ya á su aposento, ¿quién me quiere acompañar hasta mi carruaje?»

Los dos rivales corrieron hácia ella, pero el Duque ganó la victoria, pues el pobre Boufflers se vió detenido por un caballero bastante corpulento, que justamente pasaba delante de él. Era su padre. El anciano, reconociendo á su hijo, le cogió la mano y le dijo en voz bastante clara para aumentar la humillacion del muchacho:

—Vamos Enrique, es menester que nos volvamos á París; recuerda que mañana temprano tienes que volver al colegio.

A las once de la mañana siguiente, la duquesa de Saint-Cerest acababa de levantarse, y estaba en su gabinete cuando la anunciaron que su primo deseaba verla. Mandó le hiciesen pasar adelante, y entró el jóven en un estado de agitacion indecible.

—Qué hay? qué ha sucedido Enrique? preguntó la duquesa.

—Mandad que salgan vuestras doncellas, tengo que hablaros, contestó con voz casi imperceptible.

La duquesa se sonrió é hizo seña á sus camareras para que saliesen. Apenas habian cerrado la puerta, exclamó Boufflers:

—Salvadme, querida, salvadme.

—Dios mio! ¿qué peligro os amenaza, y cómo estais aquí á estas horas sin vuestro ayo? Os creia en el colegio hace ya tiempo. Vamos, Enrique, contadme todo lo que hay, dijo la duquesa cariñosamente haciéndole sentar á su lado.

—El colegio! Esta mañana! Oh! no me hableis mas de colegio! ¿Sabeis, prima, que el duque de Coigny es el caballero mas desleal que se puede dar?

—De veras? pues qué ha hecho?

—Qué ha hecho? habeis de saber, prima, que debíamos batirnos esta mañana, hasta que uno de los dos cayese muerto. Era asunto arreglado entre los dos. Debía pasar por su casa á las diez. Lo creéis, prima? ha faltado á la cita.

—Es posible!

—Es una vergüenza. No es cierto? Pero yo proclamaré por todas partes que el duque de Coigny es un cobarde. Escribiré un cartel, y firmado por mí lo fijaré en la puerta de su casa, para que todo el mundo lo vea, y tendrá que darme una satisfaccion.

—Merece ciertamente que le trateis de esta manera, dijo la duquesa haciendo los mayores esfuerzos para conservar su gravedad. ¿Estais entonces furioso contra él?

—Yo le arrancaré la vida!

—Pobre Duque! pero ¿en qué os ha ofendido?

—En qué! Pues no se atreve á estar enamorado de vos?

—¿Os lo ha dicho él?

—No, pero yo lo he adivinado, y os aseguro que es cierto.

—Mas, Enrique, no veo que esta sea razon suficiente para que le mateis, ni para que os vengais aquí en este estado de agitacion, y como si ós persiguiese un ejército.

—Porque no sabeis que para batirme con ese duque alevé tuve que huir de casa de mi padre, mientras mi ayo estaba aun durmiendo, y que en este instante me estarán buscando por todas partes.

—Oh! á la verdad que esto ya se va haciendo sério.

—Cuando salia de casa de Coigny, donde habia estado una hora aguardando que al señor Duque le diese la gana de volver, la primera persona á quien encontré fué á mi ayo.

—Y os vió?

—Francamente, no lo sé. Al momento recurrí á mis piernas, y como me sirven mejor que á él las suyas, creo que no me agarrará tan pronto.

—¿Qué ocurrencia! Pero ¿qué dirán los reverendos padres cuando vean que no volveis?

—Que digan lo que quieran. Ya no soy un niño, soy un hombre, y lo que es mas, uno de los primeros nobles del reino. El mes que viene cumpliré quince años. Querida prima, dependo enteramente de vos; ocultadme, no permitais que me encuentren.

—Lo haria con mucho gusto, Enrique, pero ¿creeis que seria prudente? consideradlo bien. Vais á cumplir quince años; sois gobernador de un departamento! Todo esto pudiera comprometer mi reputacion.

—Os parece así? contestó el muchacho inocentemente y quedándose pensativo.

Viendo la duquesa la impresion que sus palabras habian causado en el corazon de su primo, y lo sério y meditabundo que se habia quedado, no pudo ya contenerse, y dió rienda suelta á la risa que habia reprimido tanto tiempo. Boufflers, admirado y confuso, no sabía si ofenderse ó no de la alegria de su prima. Mas como la duquesita seguia riéndose, con tanto mas motivo cuanto hasta entonces habia tenido la mayor dificultad en mantenerse seria, se resintió su amor propio, y levantándose con ira, cruzó la habitacion, y fué á esconderse en el hueco de una ventana, de modo que no pudiese ver á su bonita, pero frívola prima. Esta, compadecida de su enojo, y despues de haberle hablado cariñosamente sin recibir contestacion alguna, acercóse á él, y tomándole la mano, que trató de retirar, le dijo con dulzura:

—Querido Enrique, ¿estais enojado conmigo?

Estaba demasiado agitado para contestar inmediatamente, ademas queria ocultar á su prima las lágrimas que bañaban su rostro, pero no pudo resistir la presion de aquella linda mano, y sonriéndose en medio de su llanto, volvióse y la dijo con espresion de cariño: Oh! no puedo enojarme con vos!

La ventana en donde se hallaba el jóven caia sobre el jardin; estaba abierta, y daba paso á la fragancia de las lilas y á la música de las avejillas, que disfrutaban de una hermosa mañana de Abril. Sea que hubiese alguna influencia misteriosa en la atmósfera perfumada, unida al modo cariñoso con que la duquesa trataba de calmar la herida sensibilidad del susceptible muchacho, ó que se hubiese propuesto principiar aquel dia su carrera de amor y galanteria, pensando que únicamente le faltaba un lance amoroso para ser un caballero completo, el jóven Boufflers se echó á los piés de su prima,

y del modo mas apasionado iba á pintarle su amor, cuando de repente abrióse la puerta, y un hombre de edad mediana, vestido de abate, descolorido, con la peluca desgredada, y el semblante inquieto, entró precipitadamente en la habitacion, esclamando:

—Ah! por fin os he encontrado! Esta vez, señor marqués, no os escapareis.

Era el ayo del jóven Boufflers, que habia recorrido todo París en busca de su pupilo. En el momento que le vió, temiendo sin duda que se le volviese á escapar, le cogió del brazo y procuró sacarle fuera del cuarto.

—Venid, señor marqués, le dijo con tono medio de mando, medio de súplica. El carruaje os aguarda para llevaros al colegio. Venid pronto si quereis llegar á tiempo para la leccion de griego, que sabeis principia á la una en punto. Señora duquesa, unid vuestras súplicas á las mias para persuadirle que vuelva con tiempo para la leccion del griego.

Desgraciadamente para el pobre abate, la hermosa cuya asistencia imploraba, tenia demasiada dificultad en contener la risa escitada por este nuevo incidente, y por su ridícula persona, para atreverse á abrir la boca. Considerando, pues, el caso como desesperado por negarse enteramente el marqués á dejar la habitacion, el abate llamó á un robusto lacayo que habia dejado á la puerta, por medida de precaucion.

—«Aquí, le dijo, coged al marqués con todo el respeto debido y llevadle al carruaje.»

—«Oh! mi querido abate, gritó el jóven, os suplico me concedais una hora mas, despues os seguiré, os lo prometo. Vamos, sois siempre tan condescendiente.... No me podreis negar este favor, estoy seguro de ello.»

Mas el abate se negó cruelmente á dejarse persuadir. Enrique, viendo desvanecerse á toda prisa sus sueños de amor y guerra, principió á patear y alborotar; pero reportándose, dijo:

—Pues bien! supuesto que sois inexorable, dejadme al menos escribir una esquila, que la duquesa tendrá la bondad de mandar. ¿No es cierto prima? Escribiré al duque y le diré que le iré á ver tan luego como salga del colegio. Qué desgracia! Nunca os lo perdonaré, señor abate, sois un mal alma!

Pero el abate que acababa de mirar su reloj, y vió con terror que se habia pasado la hora, hizo una seña al forzudo lacayo, y antes que la duquesa pudiese intervenir, el joven Boufflers, llevado en bra-

zos como un niño, encontróse sentado en el carruaje, su ayo á su lado, y oyó dar la orden al cochero:—Al colegio de los Jesuitas.

(Se concluirá.)

ELOISA GATTEBLEDE DE SANTA COLOMA.

GUERRA Á EL AMOR.

Soneto.

Hoy tremolo el pendon de independencia
y me pronuncio contra el dios Cupido,
segura estoy que lo veré vencido,
pues es mi voluntad mi resistencia:

No habrá para él cuartel, no habrá clemencia,
que es un niño traidor y fementido,
pues goza viendo el corazon que ha herido,
haciéndole sufrir su inconsecuencia.

No hay miedo que su ley sumisa acate:
bandera negra, guerra á muerte quiero,
ya de entusiasmo y fé mi pecho late,
ya de impaciencia por lanzarme muero
á tan extraño y sin igual combate,
dó antes que sucumbir, morir prefiero.

E. F. DE M.

REVISTA DE MADRID.

I.

El festivo poeta D. Manuel Breton de los Herberos acaba de publicar un poema joco-sério, titulado *La Desvergüenza*. Era verdaderamente de absoluta necesidad que se celebrasen las glorias de esa diosa moderna que se levanta sobre las aras de la vanidad, que tiene en todas partes sacerdotes y devotos, y que esparce á manos llenas gracias y beneficios sobre sus adoradores. *La desvergüenza* se ha apoderado del mundo; ha reemplazado al destino, á la modestia, á la conciencia, á todo. *El que es mas desvergonzado es mas afortunado*: este es el axioma de la época presente; este el catecismo social de la multitud que practicándole, chilla, bulle, intriga, se mueve, se encarama, alborota; todo con la rapidez de torbellino, con el ardor de la fiebre, y con la insistencia de la ambicion.

¿No habeis reparado, lectoras mías, en alguno de esos hombres que tanto abundan en nuestra sociedad, cuyo origen se ignora, cuyo presente es un misterio, como lo será también su porvenir, que penetran en todas partes, y en todas partes son bien recibidos, que escalan las mas altas posiciones sin que se sepa quién les favorece, que asustan con su fausto insolente, y humillan con su mal domado orgullo. Pues el génio benéfico que guía los pasos de estos seres, el que los introduce en los salones y en el despacho de los Ministros, y en el tocador de las damas; el misterioso espíritu que con su varilla mágica hace brotar á sus piés riquezas y honores, es *la desvergüenza*, que todo lo allana, que vence los mayores obstáculos y domina las mas encontradas tempestades de la vida.

La desvergüenza, es madre legítima del *Yo satánico*, como le ha llamado uno de nuestros mas grandes oradores; de ese *yo*, verdadero simbolo de las sociedades en decadencia, que se levanta sobre todo, sobre las instituciones, sobre las leyes, sobre la conciencia, sobre la humanidad misma: *yo*, que llena el corazon donde reside, desalojando de él las virtudes, los sentimientos y las mas generosas pasiones: el *yo* de la vanidad.

—¿No ois á cada paso esclamar á vuestro lado:

YO soy un génio?

O *YO* soy muy valiente?

O *YO* soy muy rico?

O *YO* soy irresistible?

O *YO* tengo influencia?

O *YO* soy ciegamente amado?

Pero ¿á qué no habeis oido decir á ninguno de estos hombres que hacen alarde de su talento, de su valor, de su riqueza, de su poder, y hasta de su hermosura, *YO* soy un tonto?

Y sin embargo, encantadoras niñas, esto es lo cierto.

Ancho campo ofrece á la Musa juguetona y risueña del señor Breton de los Herreros, el desvergonzado orgullo de nuestra sociedad: juzgándole y burlándose de él puede recorrer los diferentes tonos de la sátira, de ese diablo maligno que tiene siempre una carcajada para todas las debilidades de la especie humana, que es nuestro juez y nuestro verdugo, y que atormentándonos nos obliga á huir de nosotros mismos.

Pero basta de reflexiones, y dejemos á cada cual con sus manías. El mundo es una jaula de locos; cuando la mitad tiene juicio, la otra mitad es-

tá con la vena; los que hoy predicán, mañana tendrán que oír otro sermón; los que hoy aconsejan, al día siguiente serán aconsejados.... Y despues de todo:

El mundo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

II.

¿Qué lástima que no pueda hablaros de flores; de las delicias de la primavera; de esa divinidad que recostada sobre un lecho de rosas, suelta las brisas, los céfiros y los aromas? Pero la primavera está dormida, y la naturaleza muerta. Cuando al deshacerse los últimos hielos del frío invierno, despierte á la luz y á la vida; cuando las mariposas anuncien la venida de la primera edad del año, entonces sí que animaré mis descripciones y celebraré la riqueza del campo, y hablaré de las florecillas que mas favor hacen á vuestra hermosura, y buscaré mis inspiraciones en el murmullo de las fuentes, que la nieve derretida hace brotar en el menudo césped, en la música de las aves, y sobre todo, en vuestros ojos, que entonces recobran nuevo brillo y nuevo encanto.

Porque aunque vuestros ojos son flores de todas las estaciones, que nunca se marchitan, y que viven siempre, me parece, sin embargo, que en la primavera se animan también, como se anima todo cuanto hay de hermoso en la tierra.

Pero no pudiendo hablaros de la estación florida, y no queriendo tampoco helar vuestra imaginación con la árida pintura del aterido invierno, ¿cómo es posible que yo pueda cumplir el compromiso que he contraído y terminar esta revista? La estación que reina os detiene en casa, y no están por lo tanto tan concurridos los paseos como los demás meses del año, y no puedo hablar de los trajes caprichosos que la primavera y el verano os hacen adoptar; trajes que os dan la apariencia de sílfides, de hadas, de un *no sé qué* fantástico é ideal que impresiona el ánimo, que le eleva, que hace pensar en la felicidad....

Hoy, envueltas en vuestros trajes de invierno, airosos, sí, aunque menos espirituales, habláis al corazón del hombre, pero no tanto á la imaginación del poeta; podreis inspirar una gran pasión, pero no podreis inspirar una gran poesía....

¿Es esto un mal ó un bien? Cuestión es esta que no me atrevo á resolver; resolvedla vosotras.

III.

Antes de concluir os diré que los salones aristocráticos de la corte han empezado á abrir sus puertas. El duque de Rivas sigue recibiendo á la escogida reunion literaria, que tanta fama ha dado á su casa, y segun se asegura la condesa de Montijo piensa dar algunos bailes en su palacio de Madrid, asi como los señores Weisveiller, Osma, y otros personajes pertenecientes á la aristocracia de la cuna y del dinero.

Me alegro por vosotras, lectoras mias.

He cumplido mi encargo, y me despido de vosotras. ¡ Cuánta seria mi satisfaccion si os hubiera agradado, y cuánto animaría para continuaren sus trabajos vuestra aprobacion á

LÁZARO !

TEATROS.

Con permiso de *Gazél*, mi ausente amigo, placíame, amables lectoras, dirigir una cariñosa mirada á la heroica corte y villa de Madrid, albergue de tantos deseos, receptáculo y tumba de tantas esperanzas, y escuela de tantas ambiciones.

Madrid, decia yo, es para los empleados otra Jauja.

Para los cesantes un purgatorio.

Para las feas un infierno (sabido es que el *Album* no tiene ninguna suscritora fea.)

Aquí llegaba de mi exordio, cuando veo asomar el espresivo rostro de *Gazél* por las puertas de la redaccion, y no queriendo usurpar sus derechos de compartir con vosotras sobre tantas cosas, resolví volverme á meter entre bastidores, cosa no difícil en una poblacion donde hay tantos teatros, de los cuales unos están abiertos toda la temporada, y otros se abren hoy, se cierran mañana, y luego tornan á abrirse, y luego á cerrarse.

Y eso de haber muchos teatros abiertos es una felicidad para los que, por nuestros méritos y derechos, pertenecemos al numeroso cuerpo de alabarderos independientes; y digo independientes, porque los alabarderos de hoy no se constituyen en el deber de aplaudir, como los antiguos *mosqueteros*, nuestros venerables antecesores; al contrario, los que mas despiadadamente critican á poetas y actores, ¡ parece increíble ! son los que entran en el coliseo como Pedro por su casa.—« Qué mal se

viste fulana!—Esa comedia pertenece al género simple!—Pero hombre! en este teatro nunca se varia de funcion.—No se puede venir aquí!—Hoy se estrena una pieza de fulano.—Me alegraré que la den un *meneo*. »—Así se oye hablar á los que van al teatro gratis.

Pues como iba diciendo, siendo muchos los teatros, necesariamente las entradas no son lo que debieran ser; las empresas, sino se ven obligadas á desistir de la que tomaron á su cargo, recogen un producto exíguo.—Ciertamente es, que en el presente año la carestia, que tan directamente perjudica á la clase media y á la menestral, aleja del teatro á no pocas familias. Así es, que en el *Teatro Real*, adonde asiste en corto número esta última, es este año el mas concurrido; la aristocracia protege esta temporada aquel coliseo, completamente abandonado en la anterior. Contribuye no poco lo selecto de la compañía actual, y la frecuente asistencia de SS. MM. *Il Trovatore*, la *Linda*, *Lucia* y la *Traviata*, continúan alternando, en tanto que se preparan las *Visperas Sicilianas*, *Lucrecia*, *Puritani* y *Roberto el diablo*, que se pondrá para Navidad.—El *Príncipe* no se vé tan favorecido como en los años anteriores. *La pluma y la espada*, entretenida comedia del señor Larra, solo ha durado cuatro noches, á pesar de haber logrado lisonjero éxito.—Y ya que he mencionado esta obra, justo es que dé mi parabien á la señorita Dardalla, que en su papel de Quevedo (mozo de doce años), ha dado una prueba mas de sus buenas disposiciones para la difícil carrera que ha emprendido, y tambien á la señora Rodriguez y al señor Pizarroso.—El *Circo* ha tenido grandes entradas con los *Polvos*, cuyas representaciones ha suspendido para poner en escena un drama titulado *Deudas pagadas*, representado tres noches con mediano éxito. Ahora se hacen en este coliseo obras del repertorio, en tanto que se prepara algo nuevo: lo primero será *Julietta y Romeo*, produccion del señor Dacarrete.—Siguen en el de la *Zarzuela* con toda premura los ensayos de *El Diablo en el poder*, obra en que funda sus esperanzas la inteligente empresa que le tiene á su cargo.—El de *Variedades* ha vuelto á abrirse: no creo que logre fortuna.—Para la *Cruz* y el *Instituto*, parece que hay proyectos que difícilmente llegarán á realidades.

El frio y las nieblas tienen desierto los paseos:

En cambio los salones se abren:

Las tertulias van animándose.

La situacion es grave.

Los empleados, esperan gozando la paga de Navidad:

Las viudas y cesantes, esperan sufriendo la idem de idem:

Las empresas teatrales esperan, perdiendo, las Pascuas:

Los repartidores de periódicos, barberos, limpiabotas, serenos, carteros, *et omni generé musicorum*, esperan, haciendo cálculos, el aguinaldo.

El pobre espera, comiendo poco y malo, que baje el pan.

Algunos hay que esperando, esperan esperanzas.

Yo espero en Dios primero, y luego en la indulgencia de mis lectoras.

ADAN.

MODAS.

La Moda es una cosa demasiado importante en la estación actual para que podamos dispensarnos de dar cuenta á nuestras lectoras de sus caprichos é innovaciones.

Las telas para vestidos son de tanta variedad, que sería muy raro el gusto que no pudiese satisfacerse. Al lado de dibujos gigantescos se encuentran otros de disposiciones microscópicas. Preciso es confesar, sin embargo, que los dibujos grandes son los preferidos para trajes de lujo, y lo merecen por su riqueza y suntuosidad.

Los magníficos almacenes de la calle de Espoz y Mina, emporio hoy, y santuario de la Moda madrileña, presentan á la vista el complemento mejor surtido y combinado de las modas de invierno.

La tela llamada *flor de Oriente* es un hermoso grós, de fondo liso, con volantes cubiertos de guirnalda de flores, cuyos colores vivos y de un reflejo y matizado encantador, le dan una frescura de delicioso efecto.

La reina de las flores es también de fondo liso con cuatro volantes chinoscos.

El *oráculo de Delfos* es otra tela, para vestido sin volantes, cuyo fondo está cubierto de guirnalda entrelazadas.

Los vestidos llamados de *medallones*, porque los llevan en sus tres volantes, merecen también mención honorífica por su novedad particular.

El que se conoce con el nombre de *Diana de Lis*, es de una belleza indescriptible. Estos trajes vienen de todos colores, con volantes que terminan en anchos rulos de terciopelo negro, que forman realce, cada uno con su flequillo de seda tejido en la tela: suelen ser cinco sucesivamente.

Hay por este orden otros muchos cortes, unos con volantes compuestos de tiras lisas de terciopelo: otros sin ellos con listas transversales también de terciopelo.

Al lado de estos tejidos escepcionales, se encuentran otros muchos, cuyas disposiciones varían hasta lo infinito, y que por sus clases y precios se acomodan á todos los usos, y á todas las fortunas.

Nada advertimos por hoy de nuevo en lo concerniente á hechuras. Siempre cuerpos altos, cerrados, y con aldetas muy largas para calle y paseo: escotados, con bertas ó draperías para *soiré* ó baile.

Todos estos vestidos requieren una enagua bien acondicionada y que forme abanico, y no estarían bien los ahuecadores de acero ó ballena, que nunca sientan bien, y pueden saltar y romperse, comprometiendo á la que lo lleva.

A propósito de ellos cuenta la crónica de los salones una aventura *picante*, porque este es el nombre que le conviene, y que hemos creído divertirá á nuestras lectoras.

Es el caso, que en un wals se le rompió á una señorita uno de estos aros, cuya punta, traspasando su vestido de tul, vino á ensartar á su pareja por los faldones del frac, quedando el infeliz colgado como un pollo á la *broche*, es decir, en el asador. Con una enagua que ahueque lo regular no hay exposición á estos percances, porque la gracia no necesita encerrarse en una coraza, ni dice bien á Venus la armadura de Marte. No nos cansáremos de condenar ciertas exajeraciones que nos ponen en ridículo, porque nada hay tan gracioso como la sencillez. Por eso las niñas tienen tanto atractivo, porque se visten generalmente sin pretensiones.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicación del pliego de Dibujos.

Núm. 1 y 2. Piezas de una *gorrita* de niño recién nacido, bordada á plumetis sobre muselina.

Núm. 3, 5, 8, 9, 10, 11, 12 y 13. Figuras á que hace referencia la sección de Labores del número de 30 de Noviembre, en el artículo de los *Bordados en blanco*.

Núm. 6. Dibujo para *mangas*, bordado á realce.

Núm. 7. *Puño* correspondiente á las mismas.

Núm. 14. Esquina de *pañuelo*, bordado á feston, realce, y punto de armas.

Núm. 4, 15 y 16. *Nombres*: bordados varios.